

CELESTE MARTÍN

---

Dile a tus ojos que se callen



éride ediciones

---

*Una caja inoportuna*

Once de la mañana. Desperté en una casa que no era la mía, en la cama de alguien que tendría que pararme a pensar cuál era su nombre. La miré intentando recordar, pero el alcohol hizo que los recuerdos fueran confusos. Quité delicadamente su brazo de mi cuerpo para evitar que se despertara y me levanté de esa cama buscando mi ropa por toda la habitación. ¿Por qué en esas situaciones la ropa interior era tan difícil de encontrar? Era lo último que uno se quitaba, no entendía cómo podía acabar tan escondida. Antes de salir del cuarto me acerqué delicadamente a ella, tanto que su respiración me acariciaba. Vi cómo sonreía en sueños y dejaba ver un lunar muy sexy encima del labio. Ese lunar fue el que me trajo hasta aquí, y la luz que entraba por la ventana, la culpable de que tuviera que salir corriendo.

—Tengo que cambiar de vida —pensé—. Quizá mañana.

El aroma que desprendía el café de la barra era lo único que activaba mis sentidos en una mañana de resaca. La deliciosa mezcla de calor y cafeína bajaba por mi garganta alejándome poco a poco del entumecimiento.

—¡Ah! No debiste beber esos chupitos anoche —se quejaba mi conciencia—. Nunca te sentaron bien.

Tenía toda la razón, cada uno de ellos era una aguja palpitante clavándose en el interior de mi cabeza. La sostuve entre las manos como si así pudiera evitar que explotara y derramara el café. No funcionó, estaba segura de que de un

momento a otro estallaría. Desistí e intenté relajarme en el taburete. Enfoqué mis pensamientos en lo difícil que era rechazar ciertas tentaciones, sobre todo cuando la tentación se ponía un vestido y tacones y te incitaba a algo más que a beberla. Anoche el alcohol no rompió el hielo, lo deshizo delicadamente, controlando el tiempo para reducir el espacio que nos separaba, haciéndonos perder el equilibrio en la misma proporción que ganábamos confianza. Decir que no a ese chupito era, sin querer, decir que no a ese repentino antojo.

—¿Qué haces tú por aquí? —me dijo Noemí, que salía del almacén—. Hasta las cuatro no empieza tu turno.

—Lo sé, lo sé. —El tono de mi voz era intencionadamente suave. Deseaba contagiárselo a Noemí—. Solo he venido a desayunar.

—Parece ser que la dejaron hambrienta —bromeaba Erika desde dentro de la barra.

Intenté callarlas con la mirada, pero solo conseguí unas risitas. Era inútil rebatirles, sería como encender la mecha de un petardo en la mano de un niño, demasiado divertido como para dejar de jugar.

—No me gustan las tortitas —dije siguiéndoles el juego.

—¿Pero esperaste a que te hicieran tortitas? —preguntó Noemí haciéndose la sorprendida.

—Hay chicas que se lo curran mucho —susurró Erika.

—¡Qué gracias sois! —Me levanté del taburete—. Me voy a la terraza.

—Está bien. —Noemí se acercó y me acarició el pelo con cariño—. Te hago otro café y salgo contigo.

Noemí era buena conmigo y me trataba con ternura. Era de las pocas personas, por no decir la única, que me trataba bien sin querer nada a cambio, y no solo porque fuéramos socias del mismo bar, sino porque era mi mejor amiga. Desde nuestra dura adolescencia a los quince años, en todos los recuerdos que

pasaban por mi mente aparecía ella. En todas las decisiones importantes de mi vida, su presencia incrementaba un gran peso en la balanza, por eso cuando llegué a la conclusión de que era mejor montar un bar que dejarme el sueldo en ellos, Noemí simplemente estaba ahí, haciendo que me quedara en esta ciudad. Yo quería que formara parte de esa nueva etapa y, aunque a ella no le gustaba demasiado la hostelería, aceptó, probablemente por el mismo motivo: no querer quedarse fuera de ese nuevo proyecto. Con el paso del tiempo conseguimos hacer el bar de ambiente más conocido de Salamanca, porque cuando dos personas se llevan de la manera que nos llevamos Noemí y yo, todo sale bien, o por lo menos eso fue lo que le dije para convencerla, y funcionó.

Conseguimos casi en el centro de la ciudad un amplio local en forma de chaflán. Antes había sido una tienda de ropa, así que todos los escaparates que tenía nos sirvieron para hacer que tres de las paredes fueran enormes cristaleras donde colgamos unas largas cortinas de lino. No necesitábamos un local con intimidad a plena luz del día, pero sí por la noche, todo el mundo necesita intimidad cuando cae la noche. En la pared de ladrillo situamos un pequeño escenario con las mesas y pistas del DJ, eso nos servía para contratar a artistas que dieran conciertos, noches de relatos y poesía, monólogos y toda la música de autor que no se podía comprar en una tienda, para escuchar a artistas más comerciales ya teníamos las mesas del DJ. Detrás del escenario, en esa misma pared, colocamos un cuadro enorme de dos chicas frente a frente, mirándose a los ojos, manteniendo una mínima distancia y a punto de besarse. Carecía de color excepto por el rojo intenso de los labios. Me enamoré de esa escena nada más verla. Ese momento, ese preciso instante antes de un beso, ese silencio, esa pequeña sensación de mareo, esa calma antes de perder el control. Era perfecto, esa sensación estaba inmortalizada en nuestra pared.

Encima del cuadro rotulamos la palabra Descuido, simulando la escritura con pluma. Podría haber sido la descripción de esa imagen, de ese momento, de ese lugar, pero en realidad fue el nombre que pusimos a nuestro bar. Por lo demás, atraíamos a la clientela, en su mayoría chicas, con buenos cafés y tés, aperitivos, variedades de ensaladas, sándwiches y frutas, multitud de licores, pero, sobre todo, con un ambiente de fiesta liberal y discernido.

—¿Qué tal fue la noche? —preguntó Noemí mientras elegía una mesa de la terraza.

—Bien, como siempre.

La luz del sol de finales de marzo salía tímidamente, haciendo anhelar el verano y molestando lo suficiente para que mis ojos no pudieran abrirse. Busqué las gafas de sol en la bandolera, pero no tuve éxito. ¿Dónde las habría dejado? Las debí de perder en algún sitio.

—¿Y tu noche qué tal fue?, ¿algo nuevo?

—¿En serio quieres oírlo? —preguntó Noemí echándose el pelo para atrás para que el sol invadiera su cuello.

—En realidad no. Era más bien una pregunta de cortesía. —Saqué la lengua en forma de burla—. Me imagino cómo fue.

—Está bien, veamos si aciertas.

Me recosté en la silla y sostuve el café caliente entre las manos para preparar mi relato.

—Seguro que antes de salir de aquí —comencé— llamaste a casa para avisar de que ya salías del trabajo. Llegaste al chalet que compartes con tu novio. —Noemí carraspeó—. Perdón, tu futuro marido —corregí—. Aún no me hago a la idea.

—Eso está mejor. Sigue —ordenó.

—Alberto te esperaba en el sofá, pero cayó rendido antes de que llegaras y lo encontraste dormido aunque le advertiste

que no lo hiciera. —Noemí asintió con la cabeza, y una sonrisa, imaginando a su chico, apareció en su cara—. Lo despertaste y os fuisteis a la cama. Le empezaste a contar tu día y cuando volviste a mirarle, de nuevo estaba dormido. Lejos de enfadarte te pareció muy...

—Mono —acabó la frase por mí.

—Lo besaste en la frente y te acurrucaste a su lado y... vivieron felices y comieron perdices.

Así acababan todos los días de Noemí, en un final feliz, porque lo que la hacía feliz a ella era que su novio la intentara esperar despierto en casa al llegar de trabajar, aunque no lo consiguiera.

—¿Eso que noto es envidia? —preguntó burlona.

—Tienes los pies demasiado fríos para mí.

—¿Y qué hay de contarle tu día a alguien?

—Las relaciones son complicadas, la gente es complicada. No todo el mundo encuentra lo que quiere en la persona que quiere.

Noemí se acercó a mí para quedar lo más cerca que le permitió la mesa.

—¿Nunca te has parado a pensar que la complicada eres tú? —susurró.

Quise contestarle, pero levantó su dedo índice callándome al instante. Ella zanjaba así las conversaciones, como una madre, con gestos imponentes. Además, si Noemí decía que yo era complicada sería así, al fin y al cabo, me conocía más que nadie.

—Esta mañana vino la representante de la asociación de LGTB —dijo cambiando de tema—. Ya está todo listo para la fiesta de mensajes.

—Muy bien. Esta tarde pondré los carteles. —Acabé mi café y me levanté acercándome a ella—. Me voy a colocar un poco mi casa. Otro día comeré contigo.

—No te preocupes, cielo, me conformo con este desayuno.

—Nadie hace el café como tú —dije en su oído.

La besé en la mejilla con todo el cariño que pocas veces le demostraba y me fui a casa. Yo no tenía que llamar a nadie, porque nadie me esperaba.

Un fuerte ruido procedente de la escalera me despertó. No solía subir nadie a ese rellano y estaba acostumbrada a escuchar rugir al edificio, pero ese sonido poco habitual me extrañó. La última planta del edificio donde yo residía solo tenía dos viviendas. Siete años atrás, un hombre me aseguró que no tardaría en vender el piso de enfrente y podría disfrutar de algo de compañía, pero supongo que no contó con la crisis que desgastaba España y la burbuja inmobiliaria. En ese momento no me importó y me mudé allí. La enorme terraza del piso ganó a cualquier compañía vecinal y fue un punto a favor al hacer la reforma, ya que no hubo ningún inquilino quejándose en la puerta, aunque tenía que reconocer que, a veces, tumbada en la cama de mi diáfana y abuhardillada habitación, pensaba en que no estaría tan mal saber que detrás de mi puerta, cruzando el rellano, había alguien más disfrutando de su propia terraza. Pero quizá era mejor así, mejor sola que mal acompañada.

Me quedé inmóvil intentando escuchar algún ruido más, pero la tranquilidad me duró poco.

—Mierda, me he quedado dormida —mascullé mirando el reloj de la pared.

Salté del sofá como si me hubiera echado. Solo me iba a recostar un ratito después de comer, cinco minutos como mucho, pero pasó media hora desde entonces. La culpa la tuvieron los leopardos de un documental de la 2 de TVE. Se movían lentamente, metiéndome en su mundo, haciendo que mis párpados pesaran, hipnotizándome con sus escondites entre

la maleza hasta dejarme dormida. Era un buen momento para sacar esa velocidad felina. Corrí por la casa con el cepillo de dientes en la boca, buscando mis llaves y cogiendo la mochila en volandas. Salí de la habitación y todo lo que encontraba a mi alrededor me entorpecía. ¡Vaya felina más torpe estaba hecha! Llegué a la puerta como pude y me eché un vistazo rápido en el espejo de la entrada. Coloqué mi media melena despeinándola un poco más y ya estaba lista para ir a trabajar. No necesitaba mucho tiempo para salir de casa y menos cuando llegaba tarde.

Nada más cerrar la puerta, lo que parecía una caja de mudanzas me hizo perder el equilibrio y tropecé. Caí encima de ella aplastándola y uno de mis brazos chocó contra el suelo. ¡Qué dolor! ¿A quién se le ocurrió dejar una caja al lado de una puerta?, ¿no se le pasó por la cabeza que alguien podría salir y caerse? Me retorció en el piso sujetándome el codo como si se me fuera a salir y mi enfado crecía en la misma proporción que el calor en mi brazo.

—¡Oh, perdona! —oí cómo una voz se acercaba—. Perdóname.

Una chica salió de la vivienda de enfrente adivinando lo que había pasado en el rellano y, al verme, se apresuró hacia mí en mi auxilio. ¡Ya era hora!

—¡Oh, lo siento! ¿Te has hecho daño?, ¿te duele algo? —Ella me hacía preguntas, pero no me daba tiempo para responderlas—. ¡Oh, perdona! Lo siento, de verdad. ¿Estás bien? Te ayudo a levantar.

Extendió la mano y entre las dos conseguimos que me incorporara. Hablaba demasiado rápido, probablemente por los nervios. Su mirada recorría mi cuerpo de arriba abajo, como si tuviera visión láser y buscara alguna herida debajo de la ropa, hasta que por fin se paró en mi cara y sus ojos me desarmaron haciendo que olvidara el enfado, aunque me seguía



doliendo el brazo. Me hice la fuerte, pero ahora me sentía avergonzada, no por la caída, sino por el estado en el que había quedado la caja. Solo con esa mirada había hecho que me sintiera culpable y que pasara de víctima a verdugo.

—Estoy bien, estoy bien. Me duele un poco el brazo, pero más daño se hizo tu caja. —Giré la cabeza señalando el desastre.

—No te preocupes por la caja —dijo sonriendo y embotando mis sentidos—. Ya se rompió antes de que te echaras encima. Se me cayó y venía a por ella. —De ahí vino el fuerte ruido—. Déjame ver el brazo.

Se lo acerqué un poco recelosa, sus ojos me daban confianza, pero la caja me hacía dudar de la reputación de sus manos.

—¿Eres médico? —pregunté remoloneando.

—No, soy fisioterapeuta, pero sé diferenciar un hueso roto.

¿Ironía? No lo sabía, era difícil captar a esa chica. Agarró mi muñeca y la giró para los lados suavemente, esperando mi reacción. Al no encontrar lo que buscaba, siguió con sus dedos intentando localizar el dolor entre los músculos de mi antebrazo. Subió por el codo y apoyó mi mano en su vientre para tener más accesibilidad al hombro. ¿Era un movimiento para extender mi brazo, o una técnica para distraerme del dolor? En cualquiera de los dos casos funcionaba, porque toda mi atención la tenía en su vientre, que se tensaba al sentir el contacto. Simulé un pequeño dolor para mover la mano y así acomodarla a la forma de su cintura, una forma estrecha y firmemente excitante. La miré a la cara, pero ella no reparaba en mí, estaba entretenida palpando cada vez más fuerte mi bíceps. Era morena, con los ojos más negros con los que me había cruzado, y se mordía el labio inferior según me daba el masaje. Cualquiera podría perderse en ese mordisco. Un escalofrío

recorrió mi cuerpo, no sabía si por el movimiento de los tendones, o por lo que estaba viendo. Mientras ella subía sus manos, yo bajaba mis ojos. La camiseta de tirantes se sujetaba en unas marcadas clavículas y asomaba el principio de un tentador canalillo que solo podía entorpecer ese colgante: una cadena plateada que bajaba más de lo que yo podía y, suspendida, se perdía entre...

—¡Ah! Eso me ha dolido —me quejé subiendo de nuevo a su cara.

Tal vez adivinó mis intenciones, porque sus ojos se clavaban en los míos con cierto reproche.

—Se te hinchará un poco —dijo al fin, bajando la cabeza y volviendo a activar mi respiración—. Ven, tengo algunos medicamentos en casa.

La seguí dentro de la vivienda y desapareció al final del pasillo. Yo me quedé allí, mirando la cantidad de cajas que había en cada esquina. Menos mal que era un piso grande, esa chica tenía muchas cosas, tal vez no eran solo suyas. Eché un vistazo rápido buscando algún indicio de una pareja o compañero de piso, pero no encontré nada, estábamos solas.

—Ten —ella volvió y me dio una caja de paracetamol y una pomada—, tómate uno cada ocho horas si te duele mucho y échate esta pomada antiinflamatoria.

—Gracias —dije guardándolas en mi mochila.

—Puedo buscar la cafetera y hacer una café, si te apetece.

Eso me hizo recordar que ya tendría que estar en el bar y no en esa casa. Erika estaba sola, y a esas horas mucha gente tomaba café antes de entrar a trabajar.

—No, no te molestes, llego tarde al trabajo —rechacé separándome de ella y cruzando la puerta, que seguía abierta—. Gracias de todos modos.

—Perdón de nuevo —dijo acompañándome y apoyándose en el marco—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Lo mismo digo. —Una sonrisa apareció en mi cara y al parecer se la contagié.

—Por cierto, soy Lea —se presentó.

Con todo lo que había ocurrido, no era consciente de que aún no nos habíamos presentado, no había sido necesario.

—Yo Deni.

Se acercó a darme dos besos y, si hubiera sido por mí, me hubiera quedado allí, en ese rellano, en ese olor que desprendía, para descubrir más de ella. ¿Quién sabe de dónde venía o dónde trabajaba? O tal vez solo me interesaba saber dónde acababa ese colgante.

Desde la planta de arriba del Descuido observaba con satisfacción cómo habían quedado todos los carteles de la fiesta. Después de dos interminables horas, el resultado no estaba tan mal. Erika, dentro de la barra, levantaba su dedo pulgar a modo de aprobación, a ella también le gustaban. Se lo agradecí con una sonrisa y me apoyé en la barandilla. Mis piernas aún estaban tensas después de haber pasado media tarde temblando encima de la escalera. Las alturas, en general, me tensaban, pero más cuando había personas alrededor. Me las imaginaba andando despistadas, chocándose contra la escalera y haciéndome caer. Cogí el café que dejé enfriando y le di un sorbo. Sí, definitivamente había tardado demasiado. Miré a Erika para pedirle otro desde esa planta, pero mi atención traspasó la cristalera y se centró en la calle. Lea estaba allí, mirando el letrero del bar y asegurándose de que estaba en el sitio correcto. Al abrir la puerta, la tensión de mis piernas subió por todo mi cuerpo y no pude evitar seguirla con la mirada hasta la barra. ¿Qué estaría haciendo allí?

Bajé las escaleras lentamente sin demostrar impaciencia y me acerqué a ella por detrás.

—¿Qué te trae por aquí? —dije interrumpiendo la conversación.

Erika se retiró de la barra donde estaba apoyada y cogió unos vasos para secarlos, típico gesto de un camarero cuando quiere disimular que está trabajando, pero en realidad quiere quedarse a escuchar la conversación.

—Vengo a preocuparme por tu brazo —contestó Lea con la misma sonrisa con la que me despidió en su casa.

—Creo que necesitaré un poco de rehabilitación. Aún me duele —mentí.

No es que no me doliera, pero no era para tanto. En realidad, no me acordé del dolor hasta que ella me preguntó. Vi cómo metió la mano en su bolso y sacó una tarjeta para dármela.

—Puedes pasarte cuando quieras por mi consulta y lo miramos más detenidamente.

Cogí la tarjeta y pude adivinar por el rabillo del ojo una sonrisita de Erika, que no perdía hilo de la conversación.

—¿Qué te apetece tomar? —le pregunté.

—Una caña, por favor.

—Otra para mí —pedí.

Dos cervezas más y la conversación parecía fluir mejor, sobre todo después de irnos a una mesa, alejándonos de las interrupciones de Erika.

—¿Cómo sabías que trabajaba aquí? —pregunté.

—Algunos vecinos me dijeron que tenías un bar llamado Descuido. No tenía ni idea de dónde estaba, pero recordé que alguna vez oí a mis amigas comentar algo del Descuido. Es un nombre que llama la atención, así que les pregunté por él y por lo visto lo conocen bien. —Me miró con cierta picardía—. Y a ti también.

¡Vaya, no llevábamos más de dos cañas juntas y parecía que ya me recriminaba algo! La historia de mi vida. No sabía quiénes eran sus amigas, pero me empezaba a arrepentir de la idea de tenerla de vecina. El caso es que ella había venido a

mi bar, a mi ambiente, a ese lugar donde se suponía que me conocían tanto y podía haber esperado a que nos cruzáramos por el portal, pero no, allí estaba.

—Ya les puedes decir a tus amigas que tú también conoces el Descuido, y a mí. —Ni siquiera miré su reacción—. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta mucho. Es muy amplio. —Se dio la vuelta y se fijó en uno de los carteles—. ¿Qué significa «fiesta de mensajes»?

—Aunque parezca evidente, es una fiesta donde se escriben mensajes. —Su frente se arrugó esperando más explicaciones—. Te explico.

Acerqué la silla a ella para poder ver mejor la entrada desde ahí. En vez de incomodarle mi cercanía, se apoyó en el respaldo reduciendo más la distancia que quedaba entre nosotras. Su perfume confundía mis intenciones.

—¿Ves esa mesita al lado de la entrada? —dije señalando y rozando su espalda.

—Sí.

—Pues allí repartirán unas pegatinas numeradas, las cuales hay que ponerse en la ropa o en el brazo, donde se vean bien, así todo el mundo tendrá un número. —Lea giró la cabeza mirándome con atención—. La mesa estará llena de papeles para escribir en ellos, solo tienes que poner el número de la persona que quieres que reciba el mensaje y una chica de la asociación se lo dará.

—¿Y cómo sabes quién te escribe?

—Esa es la cuestión. El que quiere lo pone, pero normalmente son anónimos, por lo menos al principio.

—¿Qué sentido tiene leer algo que no sabes quién te lo ha escrito? —Lea era directa, nada ambigua.

—Bueno, es una manera de jugar, de pasarlo bien. La gente es menos tímida cuando se esconde detrás de un papel.

—Mis explicaciones no la convencían—. Puedes ver la reacción que tiene la persona al recibir tu mensaje. —Su cara no cambiaba y desistí—. Es un juego.

—No sé. Mensajes anónimos, todo el mundo etiquetado... —Hizo una pausa distraída—. No es mi estilo.

—Lea —me miró como si fuera la primera vez que pronunciaba su nombre, y tal vez lo era—, abre la mente —surré—. Aquí no hay etiquetas si no quieres que las haya. Aquí todo está bien, la gente se siente a gusto, pueden comportarse libremente. No nos escandalizamos con facilidad. —Me enseñó su sonrisa—. Puedes esconderte en una esquina a bailar y pasar desapercibida, o puedes subirte a la barra para liberarte y que todo el mundo te vea. Puedes ligar con quien lo consienta y puedes hacerlo aquí en medio, o allí, o pegada a la cristalera. Aquí todo el mundo se describe con sus actos, con sus cuerpos. Hay personas que han vivido reprimidas y necesitan que todo el mundo vea su etiqueta. Piénsalo, simplemente es como una marca de ropa en tu camiseta, un complemento más de tu personalidad.

Me separé de ella y le di un buen trago a la cerveza. Si eso no la convencía, tendría que coger más fuerzas.

—Nunca lo había visto así —dijo pensativa.

—Pues si quieres verlo de cerca, ¿por qué no vienes a la fiesta?

—¿Qué te hace pensar que encajaría en esa fiesta? —Su tono era más travieso.

—Puedes intentar encontrarle el sentido, y si no encajas, como tú dices, puedes pasar desapercibida.

Nos envolvimos en risas, porque Lea no podría pasar desapercibida ni allí ni en ningún sitio.

—Lea Escribano, fisioterapeuta —repetía en mi cabeza una y otra vez.

Mis manos sostenían la tarjeta de visita de Lea haciendo imposible que me concentrara en las hojas de pedidos de la semana. La leí de nuevo como si pudiera ver más allá de esas tres palabras. Desenfocué su nombre esperando que un mensaje oculto fuera a revelarse, pero no encontré nada. Tampoco sabía qué buscar. Eché un vistazo a la esquina y vi la dirección de la consulta y su teléfono. Saqué el móvil y lo guardé en la agenda. Me gustaba pensar que yo tenía su número y ella no tenía el mío, podía llamarla cuando quisiera sin la presión de que ella lo hiciera antes. Aparté el móvil y me puse de nuevo con las cuentas, pero seguía resonando su nombre en mi cabeza.

—Parece que se te resiste la fisio —susurró Erika sacándome de ese círculo vicioso.

—¿Tú qué sabes?

—Llevas media hora leyendo esa tarjeta, nunca te había visto dedicarle tanto tiempo a una chica. —Una risa forzada salió de mi boca—. Aún no te has acostado con ella, ¿verdad?

Negué con la cabeza y la escondí en mis manos. No podía estar tranquila ni una semana seguida, en cuanto una chica salía de mi cabeza me las arreglaba para meter a otra, el caso era tener la mente ocupada entre faldas, lencería y barras de labios.

—Tengo que volver a verla. —Suspiré.

—Lo tienes muy fácil —dijo Erika soltando la bayeta—, llama a su puerta.

—No, de esa manera no. No sabría qué decirle.

—¿Qué tal esto? —Dio unos golpes en la barra simulando llamar a una puerta—. Hola, Lea, estaba cocinando y se me terminó la sal, ¿me prestas un poco?

No pude aguantarme la carcajada. Demasiados años trabajando con Erika no eran suficientes para que su lógica aplastante no me pillara de improviso.

—No quiero ser tan original.

—Probemos otra cosa —dijo Erika dándole vueltas a su imaginación—. ¿Te sigue doliendo el brazo?

—No.

—Te lo voy a decir de otra manera. —Se acercó—. Si la fisioterapeuta no viene a tomar nada, a la camarera le empieza a doler el brazo.

Erika no era más alta porque el sarcasmo no la dejaba crecer. Nos llevábamos bien, pero vivíamos constantemente irritándonos, teníamos una de esas relaciones de tipo amor-odio. No podíamos estar mucho tiempo en la misma barra sin inquietarnos, pero las noches se hacían tremendamente aburridas si no trabajábamos juntas.

—Pues ahora que lo dices —toqué mi brazo mientras le guiñaba un ojo—, sí que me duele. Gracias, niña. Si no lo fueras a malinterpretar, te besaría.

—Y si tú no fueras tan creída...

—No te gustaría tanto —acabé su frase porque parecía que le costaba encontrar las palabras—. Por cierto, no le digas nada de esto a Noemí, no tengo ganas de sermones.

—Pues no hables muy alto porque ahí viene —susurró.

Noemí entró por la puerta con bolsas del supermercado. Aproveché para recoger todos los papeles de la barra, guardar la tarjeta de Lea y ponerme el bolso. ¿Podría salir antes de que dejara las bolsas en el almacén? La respuesta era negativa, Noemí siempre había sido más rápida que yo, pero solo en esos aspectos.

—Deni, ¿ya te marchas?

—Sí, voy al fisioterapeuta.

Que no le dijera toda la verdad no quería decir que le mintiera.

—Espera un momento —dijo poniéndose delante de mí para que no pudiera salir—. ¿Te pasa algo?



—Contracturas, nada serio.

—Necesitas vacaciones —sus manos colocaron las solapas de mi chaqueta— y descansar un poco más.

—Lo que necesito es una madre. ¡Ah, no —choqué mi mano en la frente—, si ya la tengo delante!

—Sabes que tengo razón —dijo atravesándome con la mirada.

Acabó con mi chaqueta y puso la mejilla para recibir un beso. Últimamente todo el mundo me vacilaba.

—Siempre la tienes. —La besé y se apartó de mi camino para que pudiera seguir—. Hasta luego, chicas.

—Adiós, cielo. —Me acompañó y cerró la puerta tras de mí—. ¿Qué se traerá entre manos?

Hubo un silencio que delató a Erika, y la mirada de Noemí la interrogó. Se sintió tan amenazada que no le quedó más remedio que hablar.

—No lo sé, no me mires así. No me cuenta todo lo que hace, ya sabes cómo es.

—Ya. —Noemí levantó los brazos y se dirigió a la barra—. ¿Sabes qué? No quiero saberlo, ya me enteraré cuando baje alguna chica cabreada por aquí.

—¿Qué tendrá para atraer a tantas chicas? —masculló Erika.

—No te lo voy a decir —una sonrisa juguetona apareció en la cara de Noemí—, no podrías resistirte.

—¿Tiene que ver con el sexo? Seguro que es eso, ¿verdad?

La curiosidad de Erika no la dejó ver que esta vez Noemí solo jugaba con ella y la siguió atracándola con preguntas mientras se iban al almacén. Aún no había aprendido que con Noemí no se jugaba.

Dieciséis minutos tardé en conseguir que la recepcionista se metiera en la consulta de Lea y la avisara de mi presencia.

—Solo atendemos con cita previa —me repetía.

Lo que no sabía era lo cabezona que podía llegar a ser para conseguir lo que quería. Me retorcí en la silla con gran inquietud, estaba nerviosa. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Cerré los ojos y respiré profundo, necesitaba relajarme, Lea no podía verme así. Un olor intenso a vainilla entró en mis pulmones. Busqué el ambientador con la mirada y encontré a la recepcionista mirándome de reojo. No era una mirada de curiosidad, era más bien de desconfianza, se notaba que no le caía bien. Aparté la mirada y, en una esquina de la habitación, escondido tras una maceta, encontré el ambientador. Pobre planta, olería más a vainilla que el propio ambientador. De pronto, la puerta de la consulta de Lea se abrió. ¡Por fin! Lea se acercó al mostrador acompañando a un paciente, se despidió de él y se dio la vuelta. Estaba claro que no era la chica que esperaba encontrar, porque al verme se quedó paralizada, al contrario que yo, que su mirada me levantó como la de un maestro y me acerqué a ella.

—Hola, Lea —saludé—. Dijiste que podía venir cuando quisiera, pero si no es buen momento vendré otro día.

—No, está bien —dijo retirándose el pelo de la frente—. Pasa por aquí.

Me senté en la camilla mientras ella secaba sus manos con una toalla y prácticamente escondía su mirada. La bata blanca resaltaba más su piel morena y el moño que recogía su pelo se olvidó de un par de mechones que caían hasta sus hombros. Se sentó en una silla con ruedas y se acercó a mí.

—¿Qué tal el brazo? —preguntó distraída.

—No va bien —mentí—. No está como estaba antes.

—¿Te has tomado los medicamentos?

El silencio inundó la habitación y sus ojos ya no se escondían, ahora buscaban los míos con intención de traspasarlos.

—Claro —contesté antes de que lo consiguieran.

Si quería que no se enfadara tendría que ser más convincente.

—Vale —dijo haciendo como que se lo creía—. Vamos a echarle un vistazo. Quítate la camisa.

Esas órdenes no me costaba seguirlas, así que obedecí y desabroché mi camisa. Se acercó más, fijándose en los movimientos de mis manos, saltando entre los botones. Destapé mis hombros y ella agarró mi brazo. Sus manos estaban calientes, pero no tenían la delicadeza del primer masaje, los movimientos eran firmes y empujaban mis músculos con dureza. Quizá esta vez no buscaba algo roto, sino descubrir las mentiras. Los escalofríos recorrían mis tendones y me hacía arrugar la cara. El arrepentimiento me asaltó, no había sido buena idea venir hasta aquí, no era como mi imaginación me lo había presentado.

—¿Te duele?

—Un poco —dije con una voz que delataba más dolor de lo que quería aparentar.

—Tumbate boca abajo, voy a mirarte la espalda.

—¿Es necesario?

No contestó a mi pregunta, así que me tumbé y noté cómo sus manos se arrastraron hasta los broches de mi sujetador.

—Necesito quitártelo.

Parecía que la cosa se animaba, pero no duró más que un pensamiento. Las manos de Lea amasaron mi espalda como si fuera una masa cruda encima de la mesa.

—Estás muy cargada. Con tu trabajo tienes que ir más al fisio.

—Lo sé, pero a veces es difícil sacar tiempo. ¡Ah! —grité.

Eso no me lo esperaba, sus dedos entraban por huecos de mi espalda que nunca antes se habían descubierto. Después de apretar todos los bultos que encontraba a su paso, sus movimientos se volvieron más delicados, dándome una tregua para

aliviar el dolor. Podría pensar que había perdido sensibilidad en la espalda, pero, al subir a mis hombros, noté perfectamente cómo su cuerpo se pegaba al mío. Eso me excitó. Ella seguía por mi cuello y la electricidad corrió por cada músculo. Todos los pelos de mi cuerpo se pusieron de punta y cerré los ojos intentando calmar la excitación, pero era demasiado tarde. El masaje acabó, volvió a abrocharme el sujetador y me ayudó a incorporarme en la camilla. Sentada en el borde noté como mis pies se movían extrañamente y levanté la cabeza, estaba mareada, pero no lo suficiente como para ver sus ojos traspasando mi mirada, adivinando mis pensamientos. Quería enfocarla, pero estaba borrosa y yo encendida. De repente, desapareció de mi campo visual y aún sin abandonar ese vértigo, noté sus dedos subiendo por mi columna vertebral y cómo la estiraba a su paso. Giré la cabeza, pero ella agarró mi pelo obligándome a inclinarla hacia delante. Ese brusco gesto hizo que se me escapara un suspiro. Por la forma en la que me agarraba, ella también parecía excitada y, acabando con mi espalda, volvió frente a mí. Apoyó las manos en mis hombros comprobando la línea que formaban. Estaba cerca, muy cerca, tanto que no me dejaba espacio para pensar. Mis manos quedaban a la altura de su cintura y, sin consultar, se adentraron por debajo de su bata. Me miró con fuego y quemó el pequeño espacio que quedaba entre ella y yo. Como dos imanes, nuestros labios se pegaron, no era un beso salvaje como yo esperaba, sino dulce, lento, quizá el mareo no me dejó verlo de otra manera. Abrí las piernas y la atraje hacia mí. Ella pasó las manos por mi nuca y subió a mi pelo, el cual enredaba con sus dedos. Nuestras bocas empezaron a acelerarse y, de pronto, tiró de mi cabello hasta despegar nuestros labios. Abrí los ojos para verla dar un paso atrás agachando la cabeza y disculpándose por ese impulso.

—No, perdóname tú —dije cogiendo mi camisa y poniéndomela.

—Tengo que seguir trabajando.

—Lo sé. Gracias por atenderme.

Me levanté controlando el equilibrio y me marché, dejando allí a Lea apoyada en el lavabo, buscando en el agua que echaba en su cara algún remedio para recomponerse.